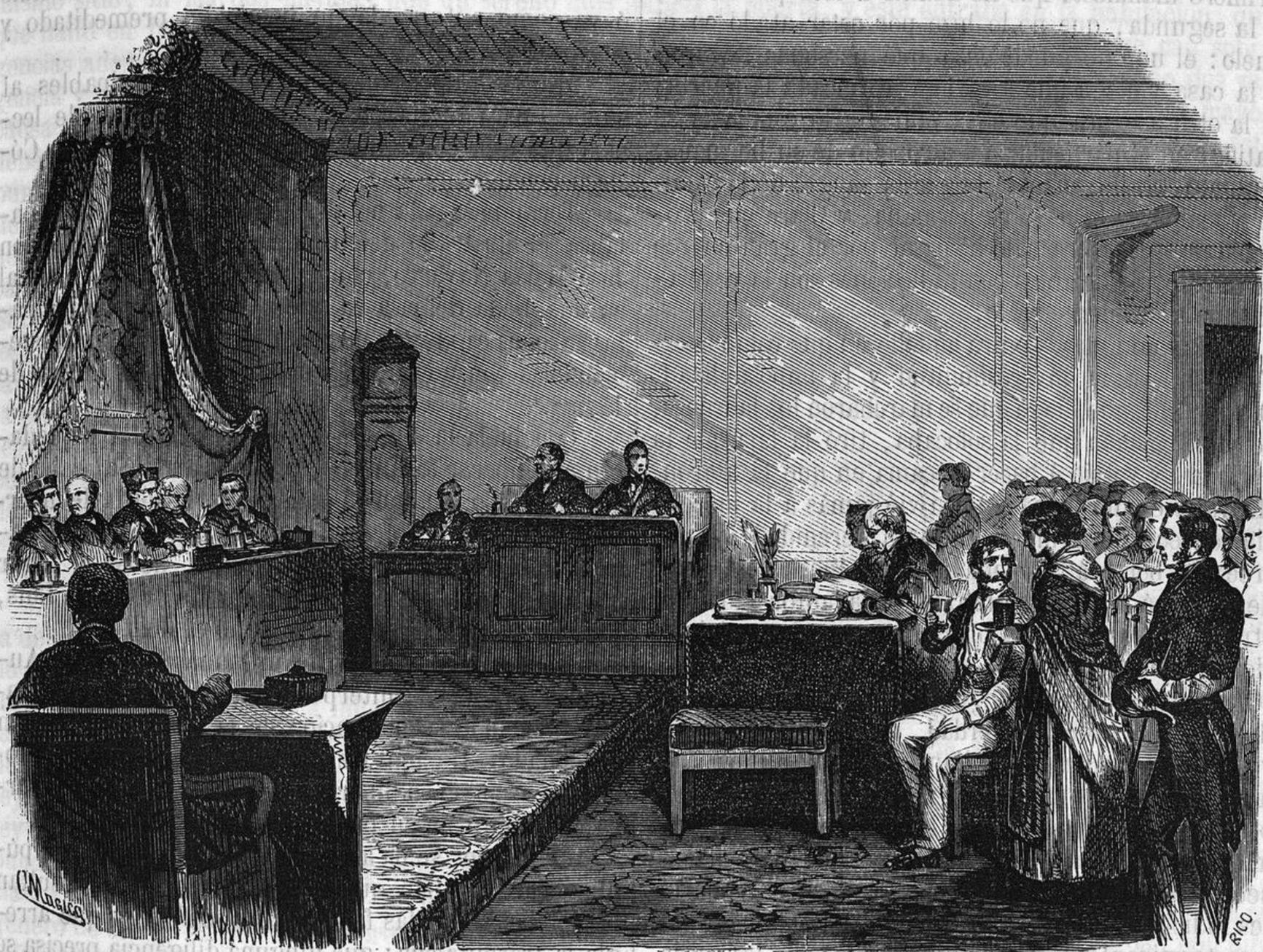


«Un hombre honrado y laborioso, se retiraba á su habitacion en la noche fatal del 6 de octubre, y en vez de dulce sosiego, halla en ella la muerte. Uno de los asesinos cae tambien á los filos de sus cómplices, y es arrojado vivo por una elevada ventana. Pruebas claras y numerosas vienen en este solemne momento á demandar la espiacion de tan horrible asesinato.

»Juntos subieron las escaleras el desventurado Lafuente y don Santos de la Mata, y despues de

darse las buenas noches se entraron en sus cuartos colindantes. El vecino del piso principal les oye llamar á la puerta de la calle y entrar en sus respectivas habitaciones, y á pocos instantes; siente pasos precipitados en casa de Lafuente, distingue la voz ahogada de éste, oye los aullidos de su perro, corre al balcon gritando: ¡ladrones! y arroja la llave del portal á los serenos. Suben estos las escaleras y á nadie encuentran: llegan al cuarto segundo, llaman, pero nadie les responde. El silencio les hace com-



Vista de la causa de los Marinas en la Audiencia.

prender que el genio del mal revoloteaba sobre alguna víctima, y dan parte á la justicia. Al punto llega oficiosa la autoridad, y dejando cubiertos los puntos de salida, vuelve al piso segundo, de nuevo llama, y ni un suspiro interrumpe el sepulcral silencio de la estancia. En esto se abre la ventana de un cuarto tenebroso, y un bulto como de hombre cadáver, con la cabeza y los brazos colgando descendiendo por ella á un patio. A poco suenan pasos dentro de la habitacion. Siéntese entonces descorrer el cerrojo y quitar los clavos, ábrese la puerta y aparecen un hombre y una mujer con las manos y la ropa llenas de sangre fresca. «Ya han huido los ladrones,» esclaman con voz serena, é intentan huir. La autoridad los detiene y precedida de Clara, gira una pes-

quisa por la habitacion. ¡Qué espectáculo tan horroroso se ofrece ante sus ojos! Lafuente yace asfixiado, y en el suelo á su lado hay una faja: un charco de sangre estiende humeante su reguero hasta la ventana que da vista á un hombre degollado: dos navajas inglesas, una de ellas ensangrentada, se ven al lado del coágulo, y una botella rota se pisa á dos varas de distancia. Nadie, absolutamente nadie, pudo entrar con Lafuente, y menos salir de aquella triste mansion. Antonio y Clara Marina estaban dentro, y solo ellos pudieron ser los autores de uno y otro asesinato. ¡Qué indicios tan vehementes se conjuran contra ellos!...

»Dos solas veces ladró el perro, y eso que ante sus ojos se sofocaba á su amo; ¿qué mejor prueba